

creían que llegaban todos las demás, como ya hemos dicho. Porque fingían ser unos más mozos que otros y tener unos más vigor y fuerzas que otros y por esta razón no ser a una su llegada, sino en diferentes tiempos.

A puesta del sol y fin de este día volvían a lavar los pies a los dioses, comiendo y bebiendo a la manera que al principio habían hecho, que no era menor borrachera que la pasada. Para este día tenían muchos cautivos miserables que sacrificar, los cuales quemaban vivos en grandes fuegos y crecidas hogueras. Al rededor de las cuales andaban bailando ciertos manebos señalados, disfrazados en forma de monstruos; y como iban bailando iban arrojando en ellas a los míseros cautivos, adonde acababan su vida miserablemente, rindiendo sus almas en el fuego y poniéndolas en la sujeción y cautiverio de los demonios; por los cuales es más cierto decir que habían venido por ser su principal fiesta engañarlos, y hacerse señor de ellas por los modos que más pueden.

CAPÍTULO XXV. De la fiesta que estas gentes hacían a los dioses de los montes y sierras en el mes treceno llamado tepeilhuitl



ESTE TRECENO MES DE ESTOS INDIOS era llamado tepeilhuitl, que quiere decir fiesta de los montes o sierras, tomando la denominación y nombre el mes de la causa porque esta fiesta se ordenaba, que era a honra de los montes y sierras. Para cuya mejor declaración es de saber que los antiguos indios de esta tierra dejaron persuadidos a sus sucesores que en los montes y sierras más altas y empinadas que hay por estos espaciosos y extendidos reinos, moraban unos dioses que herían a los hombres con varias y diversas enfermedades, atribuyéndoles todas las dolencias y enfermedades que proceden de frío y que fácilmente se enojaban con los hombres y los castigaban con ellas. Para cuyo remedio y por aplacar su ira inventaron y ordenaron esta tan célebre fiesta. Para cuya solemnidad lo primero era hacer unas culebras de palo o de raíces de árboles, labrándoles las cabezas lo más pulidamente que sabían. Hacían también de trozuelos pequeños unas figurillas, a manera de las muñecas que acostumbran las niñas en nuestra nación española, las cuales llamaban ecatotonti; y así a las unas figuras, como a las otras, las vestían y embadurnaban con una masa hecha de tzohualli, que es semilla comestible de que hacían sus idollitos pequeños.

De estas imangecillas hacían muchas, unas a honra de los dioses montesinos y campestres, y otras en memoria de algunos difuntos, en especial de los que se habían ahogado en agua, o habían muerto de muerte, que no pudieron ser quemados sus cuerpos o fueron enterrados por alguna causa. Después de hechas estas figuras e imágenes y de ser colocadas y constituidas en sus templos y altares, ofrecíanles incienso como a cosa ya deificada

y que representaba a su dios, y luego les ponían delante muchísima comida y cantábales cantares que contenían sus alabanzas, y por remate de esta ceremonia bebían vino todos. Para esta fiesta representaban la muchedumbre de los dioses serranos y montañeses cinco personas, cuatro mujeres y un hombre, la primera de las cuales se llamaba Tepechoch; la segunda, Matlalquae, la tercera, Xuchitecatl, y la cuarta, Mayahuatl, y el hombre, Minahuatl. A este hombre y mujeres que fingían la deidad y personas de estos dioses, vestían y engalanaban con muy ricos paños y los revestían de libreas de papel muy pintado, manchado y salpicado de ulli, que es una goma preciosa entre ellos, para este efecto. Con estos atavíos y adornos sacaban a estas gentes desventuradas en andas y llevaban en procesión, en hombros, muy solemnemente hasta el lugar y cu donde morían y les sacaban los corazones. Muertos estos malaventurados y engañados a la usanza común y ordinaria, bajábanlos muy recatadamente por las gradas abajo del templo y cortábanles las cabezas a todos cinco y ensartábanlas en las perchas de palo, para este efecto puestas en las salas y calpules; y sus cuerpos llevábanlos a guisar a los calpules y repartíanlos entre los señores y principales. Y los papeles que habían sacado, vestidos de librea, colgaban en otra sala en el templo, como en memoria de aquellos dioses y despojos de su grandeza, lo cual todo tenían en gran estima y precio, como cosa de grande deidad.

Este abominable pecado y erección y celebración de dioses falsos montesinos ha sido muy antiguo, como se colige de el capítulo veinte de el tercero *De los reyes*,¹ donde se dice que los soldados de Benadab, rey de Siria, viéndose vencidos de los de el pueblo de Israel, le dijeron: los dioses de los montes son tus dioses y por esto nos vencieron. Esto dijeron (según declara Nicolao de Lira)² porque tenían el templo de dios en el monte Moria, en Jerusalén, y el altar que reparó Elías en el monte Carmelo. De manera que como tenían los gentiles repartida y puesta la deidad en dioses diversos y distintos, de los cuales eran unos estos que presidían en las sierras y montes, creían que los que favorecían a los hebreos y pueblo de Israel eran los monteses y serranos, y no Dios verdadero, cuyo poder es universal e indiviso, con el cual preside infinita y poderosamente en todo lugar y tiempo, así en el cielo como en la tierra, en los montes como en los llanos; cosa que los ciegos gentiles no alcanzaron, por haberlos desvanecido y embelesado el demonio con su malicia y hécholes creer lo contrario, que es muy fácil de persuadir a los que están apartados y lejos de Dios por vicios y pecados. De manera que este error viene corriendo de los tiempos muy antiguos y no paró hasta llegar a estas gentes, de las cuales se apoderó, con el rigor y fuerza dicha, y el demonio los cegaban más cada día, para que no sólo así lo creyesen, sino como a tales les acrecentasen su servicio y culto y dándole este crédito le obedeciesen.

¹ 3. Reg. 20.

² Nicolaus de Lira in Praef. loc.